

Teresa de Jesús, Santa y Doctora de la Iglesia

Por ABEL GARCIA VALENCIA

En idioma vulgar vengo a decir hoy, las excelencias y las maravillas de una vida purificada por la santidad, alabada por la obra imponderable de sus Fundaciones, iluminada por sus inspiraciones de artista y exaltada por su mirífico genio. Mas no puedo, ni siquiera lo intento, describir en detalle las peripecias, los incidentes, la vida, la obra y los asombrosos hechos y milagros que realizó aquella mujer sin defectos. La serena y pura gloria de Teresa de Jesús, dentro de su armonía perfecta, elude ser aprisionada en la vaga y difusa malla de mi prosa impura y corruptible. Trato sólo de cumplir un compromiso que sobrepasa la precaria capacidad de mi entendimiento, y busco, al elevar la modesta invocación de mi estilo en estos días onomásticos de la excelsa virgen carmelitana, busco redimir un tanto el peso de las culpas y los pecados cometidos en la dura milicia terrestre. Si digo ahora mi plegaria, si pido aquí el rescate perenne, es porque pienso que en este mundo perecedero y falible sólo estamos en el albergue de unas horas y en espera de más altas alegrías, añorando el eterno descanso por el cual suspira Santa Teresa cuando exclama:

“Ay, qué larga es esta vida!
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel, estos hierros
En que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero”.

Es placentero evocar el paisaje donde nació y creció la Santa. Tierra antigua de Castilla que conformó los rasgos esenciales de su vida y de su obra. Lugares donde el pensamiento se espacia en la contemplación de campos desolados y yermos, donde la naturaleza tiene matices de severidad y grandeza que empequeñecen a veces, y a veces levantan el ánimo. Torreones derruídos, solemnes monasterios de arquitectura sobria, espadañas de grises campanarios, emoción del salterio devoto, lectura tranquila de apasionantes libros, diálogos de beatas, oraciones de encapuchados frailes, vocerío dulce de los niños, algarabía de colegiales, rumores y cantos del campesino en sus faenas, murmullos mil de la existencia, en fin, que perfilaron aquel extraordinario espíritu.

Dentro de tal ámbito y entre aquellos rumores, en ese suelo y bajo aquel cielo vino al mundo, en 1.515, la mística doctora que inmortalizó para siempre su lugar nativo de Avila. De antepasados limpios, llevó los honrados apellidos de Sánchez de Cepeda y Blazquez de Ahumada, y sus padres, naturalmente, le dieron educación cristianísima. De siete años apenas, ella misma refiere que inclinó a su hermano Rodrigo para que fuesen a tierra de infieles en busca de martirio. Tenía doce años cuando experimentó el dolor inmenso que sólo una vez en la vida se siente, y que hoy sobrelevamos los que hemos quedado sin madre. Educada primero en la casa de las agustinas avilesas, ingresó luego en la orden del Carmelo, cuya disciplina decadente le inspiró la idea de restaurarla, entre befas, iras y calumnias que atormentaron sus pasos iniciales en el camino de la santificación y el sacrificio. No obstante los padecimientos físicos que afectaban y dificultaban sus heroicos empeños, reformó los reglamentos de la Institución y fundó más de treinta casas de religiosas y de santos varones ayudada por San Juan de la Cruz, el divino y glorioso poeta de los éxtasis. De esta manera transcurrieron los años de la Santa, mas no tan sencillamente como aquí se narran, sino entre las inquietudes, los arrobamientos y los signos de predestinación que alumbran los actos, los ademanes y las palabras de los elegidos por la Providencia. Hasta el día de su muerte, sin nadie buscarlo, resultó señalado por la iniciación del nuevo calendario. Efectivamente, el Papa Gregorio XIII suprimió diez días al año de 1.582, del 4 al 15 de octubre, pero sin modificar el orden ni los nombres de los días que constituyen la semana. Así, Santa Teresa murió el jueves 4 de octubre y se le dio sepultura el viernes 15, que sin embargo fue el día siguiente al de su definitivo y gozoso tránsito.

Gloria de la raza y gloria de la humanidad, Santa Teresa es también la gloria imperecedera de su sexo. Bien dice Bossuet que después de la Virgen María, madre de Dios, que no admite paralelo, no ha pisado la tierra otra mujer que pueda siquiera compararse con Teresa de Jesús, flor magnífica de la feminidad a quien debieran imitar las cultas latinoparlas de estos tiempos. La altísima doctora no transigía con las imperfectas casadas y sufragistas que abandonan su hogar por correr tras la gloria vana del centro social, del arte o de los libros. Entre sus hijas espirituales prefirió siempre a las de corazón sencillo, y así lo dice en una de sus cartas: "Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas".

Muestras varias y ejemplares del estilo de la gran avilesa quisiera traer aquí, para matizar y ennoblecer estos períodos sin armonía ni cadencia, pero el espacio es breve y el intento es otro. No resisto el deseo, sin embargo, de reproducir algunos pasajes de su decir agudo y fácil, que según Menéndez y Pelayo parece la "plática familiar de vieja castellana junto al fuego". El ingenio y la gracia rebosan de sus cartas, y así por ejemplo escribe para aludir al temor que le causa la reunión de muchas mujeres en la clausura del convento: "Cuanto al ser tantas, como vuestra merced decía, siempre me descontentó; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres... a enseñar mancebos, como de lo negro o lo blanco. Y hay tantos inconvenientes en ser muchas para no se

hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene haya número señalado, y cuando pasare de cuarenta, es muy mucho y todo baratería.... Será menester otras cosas hartas. Allá tratamos algunas, en especial no salir; mas las que me parece que importan en gran manera son las dos primeras; porque tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. Dios nos libre!".

De la escasez de inteligencia dice Santa Teresa que "es mal incurable", y procura que sus hijas sean avisadas y de algún talento, pero no las admite si son bachilleras y de muchas letras. En vísperas de su ingreso en la orden dijo una joven religiosa que traería su Biblia, y la Madre le replicó al punto: "Biblia, hija? No vengáis acá, que no tenemos necesidad de vos, ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan". Así también, cuando se le dice que una solicitante no sabe escribir ni leer, ella contesta: "Calla, mi padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y es muy santa y tiene un espíritu muy alto, y no ha menester saber más para gobierno; ella será tan buena priora como cuantas hay" Es que Teresa de Jesús comprendía, y lo hacía sentir con el poderoso realismo de sus palabras, que la devoción y el amor ingenuo de las almas mínimas y sencillas valen más que las presuntuosas invocaciones de la gente sabia. Por eso en su "Camino de perfección" escribe: "Santa era Santa Marta aunque no dicen era contemplativa; pues, qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada que mereció tener a Cristo Nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y comer a su mesa? Si se estuviera como la Magdalena, embebida, no hubiera quién diera de comer a este divino Huésped".

Humanizaba las cosas divinas de tal manera la Flor del Carmelo, dábales tal soplo y calor de vida terrena que logra felices parangones al establecer relación entre los esposos de la tierra y el Esposo de lo alto. Empero, la fuerza de su estilo no era extraña a los influjos literarios, ni puede negarse que en el gusto exquisito de su forma hubo un proceso de sutil depuración artística. Ciertamente eran espontáneos, vivos y fluentes sus escritos, pero son muchos los textos en los cuales reconoce la devoción que siempre tuvo por las letras. Ella misma dice que era "amiguísima de leer buenos libros", y en sus "Constituciones" se lee: "Tenga cuenta la priora con que haya libros, en especial **Cartujanos, Flos Sanctorum, Contentus mundi, Oratorio de religiosas**, los de Fray Luis de Granada y del Padre Fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo". En la autobiografía cuenta que desde niña se inició en el placer de la lectura, y en momentos de extremada laxitud de espíritu recomienda esto: "También es gran remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificios para no la amedrantar". Y en las Fundaciones agrega: "Siempre informaos, hijas, de quien tenga letras; que en ésto hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester las preladadas, si quieren hacer bien su oficio confesarse con letrado, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras". Ya se vio cuan discreta y prudentemente moderaba, sin embargo, los aspavientos

de las marisabidillas, y por eso otra vez dijo burlescamente: "Como no soy tan letrera como ella, no se qué son asirios".

He tocado, en este instante, un rasgo de la personalidad de Teresa de Jesús que hace más familiar y simpática su extraordinaria semblanza. Quiero aludir a la gracia y la oportunidad de sus apodos, dichos sin restar ni disminuir el respeto que le merecieron los llamados con tales moteos originalísimos. "Séneca" y "mi Senequita" dice a San Juan de la Cruz, por la pequeña estatura de éste, a quien también apoda "mi medio fraile". Al Padre Pablo Hernández, por el mucho respeto que le tenía, lo llama el "Padre Eterno". "Mariposas" decía a las carmelitas descalzas, "Angeles" a los inquisidores y "Patillas" al cornudo rey de las tinieblas. De humor siempre bondadoso, la lengua dispuesta para las expresiones dulces y agradables, la Santa gozó del dón inestimable de la comprensión y la alegría en el trato con todos. Por eso su poca voluntad contra las malgeniadas cuando hacía la escogencia de sus monjas, pues decía: "Harto más valdría no fundar que llevar melancólicas, que estraغان la casa". Y agregaba: "Crea que a una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios". Pero cierta vez, refiere el Padre Silverio, después de mucho caminar quiso la Fundadora animar a los carreteros con sus chanzas, diciéndoles: "Tengan mucho ánimo, que estos días son muy ricos para ganar el cielo", a lo cual uno de ellos, hombre de malas pulgas le replicó: "También me lo ganaba yo desde mi casa".

Temo volver demasiado profana y ligera esta disertación, pero Santa Teresa de Jesús tenía de la existencia la misma concepción grata y amable. La paz y la serenidad de su espíritu propiciaban el contento que es patrimonio sólo de las tranquilas conciencias. Una de sus primas, María de San José, consigna que la Madre no convenía con las personas tristes, y así dice en una de sus cartas que "no dejen de estar alegres". Cuéntase que al ser pintado su retrato, por cierto el único que de ella se conserva, dijo así a Fray Juan de la Miseria: "Dios te lo perdone, Fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa". También se le atribuyen estas palabras: "Tres cosas han dicho de mí en todo el discurso de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer, que era discreta, y ahora dicen algunos que soy Santa. Las dos primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado por haber dado crédito a esta vanidad; pero en la tercera, nunca me he engañado tanto que haya jamás venido a creerla".

Cómo era la Santa? Sus contemporáneos coinciden en la ponderación de su belleza, su bondad y su inteligencia. Era hábil en labores de aguja y bordado, y entre sus trabajos manuales se mencionan bellísimas y delicadas labores que representaban escenas históricas. También fue experta en las artes de la cocina, y eran regaladísimos y gratos los sazonados manjares que de sus manos salían. Cuentan sus biógrafos que encantaba por su conversación, y que en los largos viajes que emprendía solía montar en mula, en la que se sabía tener tan bien como si fuera en coche. Fue pasmosa la actividad de Santa Teresa de Jesús, y se manifestó en los hechos y en los libros que el mundo admira cada día más, sin reservas ni discrepancias.

Escribió la insigne Fundadora su "Vida", que es una autobiografía escrita por orden de sus confesores y en la cual abundan las be-

llezas del lenguaje y los relatos fascinantes; El "Camino de Perfección", libro de atractivo supremo que ofrece remedios definitivos y ciertos para la paz del alma y la futura bienandanza; los "Conceptos del amor de Dios", feliz interpretación de algunos pasajes del Cantar de los Cantares que sorprende por su profundidad teológica; el "Libro de las fundaciones", donde la Doctora hace el relato fiel de su obra santa y magnífica; el "Castillo interior o las Moradas", obra soberbia que expresa el lento y proceloso tránsito de las almas hasta llegar a la fusión divina con el Eterno; el "Epistolario", bellísima ostentación de una prosa diáfana y fácil, modelo universal de estilo que entusiasma por su sencilla perfección insuperable; las Poesías, escritas sin pretensión y para solaz de sus monjas, pero en las cuales raya su inspiración al nivel de los más altos poetas del universo; sus Pensamientos y Sentencias, condensación de filosofía que seduce por la profundidad y la sabiduría de los conceptos, y otras obras menores, en fin, que la humanidad encuentra maravillosas por la naturalidad, por el ingenio, por la gracia, por la viveza y por su encanto inefable.

No son mis palabras, empero, las llamadas a encarecer y ponderar el mérito excelso de la escritora altísima. Quiero, por eso, recoger aquí un manojo de conceptos distintos, entresacados de autores de todos los tiempos, de todas las procedencias y de todas las ideas. Dice Fray Luis de León, por ejemplo: "En la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ella se iguale". El poeta inglés Crasshaw escribe: "Esto no es idioma español, sino celeste". Otro inglés, el crítico Fitzmaurice Kelly, asevera: "Es un verdadero milagro de genio, que, como escritora, se coloca junto a los maestros más perfectos". Julio Cejador afirma que Santa Teresa es una de las más grandes almas que conoce la historia y agrega: "Ella y San Juan de la Cruz fueron los más místicos castellanos y los mayores místicos del catolicismo". Menéndez y Pelayo dice: "Su regalado y candoroso estilo, el más personal que hubo en el mundo". Don Angel Salcedo Ruiz manifiesta: "Hasta el estilo de Cervantes puede ser imitado con más o menos fortuna; el de Santa Teresa de ninguna manera. Todo lo suyo lleva un sello inconfundible. Muchas monjas, formadas en su escuela, escribieron de los mismos asuntos que ella, pero... ninguna es Santa Teresa". Menéndez Pidal, en su Antología de prosistas españoles inserta el siguiente comentario: "Por todas partes se ve el desaliño y la frescura de la palabra hablada, y hablada al descuido. No abundan en los grandes autores la multitud de voces que caracterizan el habla de Santa Teresa. Con este lenguaje y con este estilo, esa prosa encanta por su llaneza, por la ausencia total de propósitos literarios. Su pluma obedecía solamente a la alta inspiración que la guiaba al redactar su pensamiento". Azorín escribe: "El castellano de Santa Teresa es sencillo, espontáneo y gracioso. Acá y allá encontramos en sus cartas modismos y particularidades del decir llenos de color y de sustancia popular". El escritor rioplatente Juan P. Ramos aduce: "Santa Teresa de Avila es una cumbre y un abismo. Su mística esplende en la literatura de todos los tiempos con caracteres de eternidad. La Madre Teresa se pasó la vida diciendo no saber escribir, y escribiendo como una

gran artista. Una vez inicia un capítulo exclamando: Válgame Dios en lo que me he metido!, pero sale de la dificultad nada menos que con el trozo más arduo y magnífico de las cuartas Moradas". Don Marco Fidel Suárez habla así por boca de Justino en *El Sueño de los Gitanos*: "... asombra por su grandeza el ánimo de la heroína, y por el modo como se asociaban en la Santa el vuelo celestial, ponderado por Bossuet, los talentos y el valor para los negocios más arduos, y la paciencia para sobrellevar dolores". La condesa doña Emilia Pardo Bazán exclamaba: "Con Santa Teresa no se puede luchar". Don Juan Valera manifestaba en ocasión solemne: "Toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cuítas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada con Santa Teresa". Don Antonio Gómez Restrepo, el último gran crítico y polígrafo colombiano, escribía: "Nadie ha hablado con más precisión y firmeza que ella de los éxtasis y demás estados maravillosos por que pasa el alma del místico; nadie, entre los ascéticos, la ha aventajado tampoco en sentido de la realidad ni en conocimiento del mundo y de la vida". Y Luis Eduardo Nieto Caballero, por cierto escritor poco afecto a la Iglesia no obstante sus manifestaciones de imparcialidad aparente, reconoce lo que sigue: "Santa Teresa es la mujer más cercana a la divinidad que hayan contemplado los ojos de los hombres". Ante este florilegio de conceptos arrancados de todos los climas espirituales y de todos los horizontes, apenas es natural el juicio de Renán cuando declara que Santa Teresa merece lugar entre pensadores y filósofos tan audaces como Bacon y Descartes.

Cuarenta años después de su muerte fue canonizada Santa Teresa de Jesús y en tal día se alegraron los cielos y la tierra. Como un pregón de la espiritualidad de los destinos humanos, vidas así nos dejan ver un cálido vislumbre de la felicidad perdurable, constituyen el anuncio fidedigno de supremos goces y elaciones que enaltecen al hombre sobre las miserias de la carne. Ateridos, tristes y humillados, en nuestra condición precaria de seres insanos e insignificantes, nos redime y nos llena de fe el pensamiento de haber convivido aquí, en este mundo y dentro de parecida encarnación a la de nuestros cuerpos, una individualidad tan gloriosa y pura como esta de Teresa de Jesús, Santa y Doctora de la Iglesia.

Pero casi que, al terminar estos descosidos apuntes, incurro en olvido imperdonable. Subyugado ante lo celestial y divino de aquella vida sin ejemplo, había dejado en penumbra involuntaria los nexos que la Santa y sus familiares tuvieron con la conquista de América. Cinco hermanos de Teresa lucharon contra Gonzalo Pizarro en el Perú, y los cinco, antes de entrar en batalla, hicieron renuncia de sus bienes en favor de otra hermana residente en España. Desde muy niña, la Doctora tuvo también la emoción de estas tierras remotas y exóticas. "A los cuatro años — escribe — acertó a venirme a ver un fraile franciscano llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos de bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias, poco había; comenzome a contar de los muchos millares de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática, animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí;

fuime a una ermita con hartas lágrimas, y clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo....”.

Desgraciada fue la suerte de varios de los Cepeda y Ahumada en América. Antonio murió peleando en el Perú; Rodrigo, el compañero de infantiles aventuras de la Santa murió ahogado en el Plata; Lorenzo y Jerónimo estuvieron en Popayán con Belalcázar; Pedro padeció graves descalabros en la Florida y Puerto Rico, contrajo matrimonio en Pasto y murió en Avila su patria; y Hernando, finalmente, pisó territorio antioqueño, según refiere Juan de Castellanos, pero acosado por los indígenas abandonó esta provincia, guerreó en otros lugares del Nuevo Reino y regresó después a la Península. Nuevos motivos de afección tenemos, pues, los americanos, los colombianos y los antioqueños hacia la Fundadora egregia. Fue singular la simpatía suya y de los suyos, manifestada en las ocasiones ya dichas, por todas las cosas de Indias.